



EXHUMANDO

I

La falta de la Revista Universitaria, postergada indefinidamente, y con pesar de muchos, el órgano que debía provocar las muchas y grandes energías intelectuales, que se mantenían, indecisas en unos y comprimidas en otros, en este viejo centro del saber. La labor de acumular ideas y conocimientos con estudios y lecturas, de ordinario suele ser congestiva y contraproducente si no se ordenan y encarnan por medio de la escritura en tratados y libros. Acaban en nubes de vapores confusos que envuelven el cerebro y producen las ilustraciones superficiales e incoherentes.

Esta publicación crea desde ahora el circo de torneos literarios y lo ofrece a los estudiantes para que concurran a adiestrarse en el arte de expresar sus ideas, sus concepciones y conocimientos adquiridos, por medio de la escritura. El profesorado cuenta desde luego con este órgano académico en que vaya cada uno estampando sucesivamente los frutos maduros de sus lecciones y cursos enseñados, hasta formar libros con los tratados que ha dictado, como hoy día lo hacen los profesores docentes en casi todas las universidades europeas.

Mientras falte entre nosotros una academia de la historia, los aficionados a este ramo, que los hay en crecido número, se servirán también de este órgano, estudiando en el pasado las causas y los hombres que influyeron en la formación del *Alma*

Mater de esta Universidad, y dando a conocer en sus columnas la parte de honor que a cada uno haya cabido en la labor común de ennoblecerla.

A estos escrutadores del pasado, ofrezco esta mi primicia, presentándoles en bosquejo un Libro que en mi concepto colaboró admirablemente en la formación de la intelectualidad americana, y que aún vive con sus reglas fundamentales encarnadas en la disciplina intelectual.

II

El libro a que me refiero es el que lleva por nombre “Exhortación Pastoral Americana”, impreso en Madrid el año 1786, escrito por el muy reverendo padre Manuel María Truxillo, Comisario General de Indias, y circulado entonces con profusión por todos los Conventos y Colegios de la Orden Franciscana, que, como es sabido, en esa fecha los había desde Buenos Aires hasta Méjico y de Océano a Océano, trabajando en la cultura intelectual de los pueblos, al propio tiempo que preparaban a sus prosélitos. En su segunda mitad, se ocupa puramente de promover los estudios y de dar las reglas convenientes para hacerlos con mayor provecho. Casi ha desaparecido este libro de las bibliotecas, y queda un solo ejemplar en la biblioteca del Convento franciscano de esta ciudad.

El estudio de los Conventos, en aquella época y por muchos años después, se equiparaba a los estudios de las Universidades incipientes. Su programa, era más o menos el mismo que el que desarrollaban estas universidades teológicas, y eran concurridos por los jóvenes del pueblo. Se ilustraban en el mismo grado que los universitarios. Faltábales solamente el título académico.

El padre Truxillo, por su carácter de Comisario de Indias, ejercía la suprema autoridad sobre la orden en América, agregando a esta autoridad jurisdiccional la otra más encumbrada

que le daban sus vastos conocimientos y la práctica en la materia de organizar la disciplina y los planes de los estudios. Afianza y prestigia con luminosas consideraciones el plan de estudios que ofrece a los Conventos, y al hacerlo, tanto se eleva, que lleva sin pensarlo nuevas energías y calor al pensamiento de emancipación americana que hierve ya en el pecho de los más nobles hijos de esta tierra. Como una desviación venturosa o misterioso heraldo debió pasar su palabra de los franciscanos conventuales a los franciscanos directores de esta Universidad, también sujetos a su prelación. En esa hora circulaba ya en los claustros, mal velado por un discreto recato, como la chispa eléctrica en la nube, el anhelo de libertad y bajo de sus arcos se preparaban los hombres al corte, que los necesitaría luego la fundación de un pueblo.

“Puede darse, dice el autor del libro, simulacro más hermoso ni más amable que la sabiduría? Ella es un brillante rayo de la Divinidad, y una porción soberana, que (sin disminuirlo) arranca de su mismo ser el Criador del Universo, para depositarla en aquellas nobilísimas criaturas, que forma a su imagen y semejanza, y hace participantes de sus atributos. Es el alma de los Imperios, la vida de las Sociedades más ilustres, el ornamento más glorioso de los Estados, y el depósito de los más sublimes elogios, que ha pronunciado la misma verdad eterna. La subordinación de las repúblicas es una cadena, cuyos eslabones en tanto quedan enlazados, en cuanto sus extremos estén en las manos de esta deidad atinada. De hecho la Nación santa jamás se vió tan respetable, ni elevada a tan alto punto de gloria, como cuando puso el cetro en las manos de Salomón, aquel rarísimo ingenio, que supo disputar desde el hisopo más humilde hasta el cedro más eminente. Cualquiera Monarquía será la emulación de sus vecinos, si en ella subieren los hombres al trono por la escala de la sabiduría; y al contrario, su gloria y su duración serán muy pasajeras, si espira en los Jefes el amor a esta Soberana. Discurrid vosotros por la serie de los antiguos siglos, y hallareis,

que a la decadencia de los grandes Imperios, precedió el abandono de las ciencias, y sólo estuvieron florecientes el tiempo que conservaron el honor y el respeto que ellas merecían. Roma y Grecia dan testimonio de esta verdad. Mientras duraron los Escines, los Pericles, los Solones, los Demóstenes, los Catones, los Terencios, los Varrones y los Tulios, jugaron esas repúblicas con el dominio del universo; pero luego que las naciones bárbaras les comunicaron el mal gusto, espiró su reputación y la gloria de su nombre”.

Reclama el autor en lo alto de los puestos dirigentes, lumbreras que derramen sobre el pueblo e instituciones el prestigio de los conocimientos. Quiere también, que estas lumbreras abunden en la masa del pueblo, para complementar las armonías y el éxito del gobierno. Sigue por esto:

“Por otra parte: un súbdito literato conoce las márgenes de su inferioridad, los derechos de la cabeza que le rige, y el carácter del cuerpo político, de quién es miembro; es un instrumento apto para plantear los proyectos y ejecutar las empresas: sabe manejar los negocios más importantes, dar curso a las expediciones más arduas, y desembarazarse de insuperables dificultades. Unos y otros penetran por los abismos, circulan por las entrañas del globo, giran por los ángulos del mundo, corren el inmenso espacio de las bóvedas celestes, suben al irreo, y allí colocan su pensamiento donde está el trono inaccesible de la Suprema Inteligencia. Lo pasado traen delante de su vista, y conjeturan juiciosamente lo futuro, como si lo tuvieran presente. Y para decirlo de una vez, son modelos que se trazan sobre aquel divino original, que se llama luz del mundo en virtud de su generación eterna. Suponed ahora un mundo político, poblado de esta hermosa e ilustrada progenie. Que cuerpo tan bien complexionado! Que espectáculo tan agradable!

“Pero imaginemos poco después, que reina la ignorancia en alguna desgraciada república. Que objeto tan horroroso! Que confusión! Que trastorno! Parecerá un ciego infeliz, que repen-

tinamente ha quedado sin vista: todo es tinieblas, todo sombras: se desatina, palpa, teme: ya se arroja a un precipicio, que no advertía, y apenas se levanta cae en un hoyo profundo; que igualmente ignoraba: ya recibe un golpe doloroso del poste que no veía: ya tropieza en un escollo, que le hiere como a traición: ni fija el pié con firmeza, ni se atreve a dar un paso sin recelar su ruina. Ello por ello: así es la errante conducta de los que habitan un país tenebroso, donde se ha eclipsado la luz de la sabiduría”.

III

Habla de las lenguas que deben estudiarse; las orientales, occidentales, el latín fundamentalmente, la dialéctica, retórica y elocuencia, y pasa a la Filosofía y Teología. Interesa a los jóvenes por el estudio de aquella en sus diversas partes, lógica, metafísica, ética, y luego, con un criterio amplio, recomienda el estudio de la física, en todo su inmenso campo, de esta manera: “Estudiad, pues, la metafísica; pero inmediatamente habeis de emplearos en la Física General, la que os manifestará en común la armoniosa composición del Universo aspectable, su estructura, sus principios, sus causas y sus fuerzas, sus acciones, sus efectos, sus propiedades y cuanto sea necesario para concebir de bulto una idea del mundo efectivo. Penetrada esta facultad, se descubre con facilidad los arcanos más ocultos que se depositan en los cuerpos. Por esta razón sigue la Física particular, o segunda parte de la Etiología. Esta se subdivide en tres estados, como advirtió Séneca: el primero contempla los cuerpos celestes; el segundo los intermedios que se engendran en el aire; y el tercero, los que pisamos o tocamos con las manos. Así abrazamos todo el ámbito del mundo, descendiendo por grados científicos, y corriendo por los interminables espacios del globo que habitamos, y del que esperamos habitar. Pues qué diré de la Física reformada por los Académicos de nuestro siglo? Me parece

que viene bien el oráculo de los Proverbios: Los prados se han abierto: las verdes yerbas han aparecido, y se ha recogido el heno de las montañas. Yo no hablo (ya lo conoceis) de aquella ciencia intrusa, que con el nombre de Física ha corrido muchos años en las Escuelas del Peripato. Esta ha sido una moneda falsa, que ha circulado hasta aquí entre los llamados facultativos, comprando con ella el falso título de Filósofos; pero ya gracias a Dios se ha descubierto la trampa y han quedado los infelices cubiertos de rubor y de ignominia. Trato, pues, de una Filosofía juiciosa, sólida y arreglada, como la de Muskembroec, Brixia, Tosca, Corsini, Ferrari y Altieri. Ella viene a ser el pávulo más gustoso de una alma grande, el entretenimiento más divertido de las potencias racionales. Todos los bienes nos pueden venir juntamente con ella.

“Que cosa tan agradable saber las leyes invariables de los fluidos, ya por parte de su naturaleza, ya por parte de su gravitación el balanceo y proporción con los sólidos, la composición y utilidad de las máquinas hidráulicas, el movimiento de los cuerpos, ya recto, ya curvo, ya reflejo, ya acelerado, ya de ascenso, ya de descenso, por medio de la Estática, Maquinaria, Aerostática e Hidráulica! Qué espectáculo tan divertido ver a todo el mundo dentro del cuarto que habitamos, la dimensión de los lugares, la extensión de los terrenos, el giro de los ríos, el origen de las fuentes, la comunicación de los mares, los valles, las montañas, los desiertos, los climas, los habitantes, las zonas, los círculos, trópicos, o términos que contienen al sol en su carrera, la diversidad de los días y de las noches, según la posición del globo con los horizontes, como lo proponen la Geografía y la Cosmografía.

“Subamos un poco más arriba. Qué región tan deliciosa la de la esfera celeste, a donde nos conduce la Astronomía! Este es el teatro más admirable para un hombre que sabe elevarse sobre sí mismo. Aquí vé la sabia e infinita economía del Criador, puesta en un ejercicio, que jamás había visto por acá abajo.

Aquí conoce los rasgos más soberanos de una suprema inteligencia, que juega con el mundo al mismo tiempo que le produce y le conserva. El entendimiento se sorprende al ver aquellas maravillas tan estupendas, y empapado en la consideración de los orbes celestiales, como que mira ya con desprecio las criaturas inferiores. Desde su misma silla eleva su mente por la atmósfera, y después de registrar la patria de las nubes, hechas juguete del viento, la materia de los rayos, el estallido de los truenos, se remonta por la región etérea, y caminando de ochenta a noventa mil leguas, llega al globo de la Luna, donde admira montañas inaccesibles, conoce los valles, registra las sombras, y le parece que ve ríos, lagos y mares plateados: mira su blanca superficie bañada del sol, y vuelta unas veces hacia la tierra y otras hacia el astro iluminador, se espanta al ver su inmensa mole colgada de un aparente vacío, y nadando en un sutilísimo éter: entiende la causa cierta de los eclipses, el momento y duración de sus sombras, según las oposiciones, o conjunciones de los planetas, los que unas veces mira directos, otras estacionarios y otras retrógrados”.

IV

Labrando el pedestal de la ciencia con todos los estudios filosóficos, coloca sobre él a la reina de las ciencias, la Teología, que formó el alma de los estudios en esta Universidad y la sigue formando en los estudios de Conventos y Seminarios, donde se ha refugiado, esperando la hora de cordura científica que vuelva a atar los anillos rotos entre las diversas ciencias, las coordine y asiente a cada cual sobre sus propios principios incontrastables sustrayéndolas de la honda crisis de inconsistencia que las lleva al descalabro.

La presenta el libro iluminada por tantos conocimientos,

que no podrá negarle su soberanía el criterio apreciativo más exigente.

“De modo que, puesta la Filosofía en el punto de elevación que habeis oído, y vereis adelante, subirá la sacrosanta Teología a un estado sublime y decoroso. Los lugares teológicos son los piés firmes y robustos, que sustentan esta deidad, o por decirlo mejor, el alma que le dá vida. Por uno y otro respecto, son el primer objeto de la especulación de un Teólogo. La Sagrada Escritura, las Tradiciones Apostólico-Divinas, los Cánones de los Concilios, los Decretos de los Papas, el consentimiento de la Iglesia, la autoridad de los Padres, la contestación de los Escolásticos y la razón ilustrada, son otros tantos ríos que naciendo de la purísima fuente de la verdad, riegan el dilatado campo de la Teología, lo fertilizan, lo hermosean. Así se hace indispensable la aplicación a este tratado fundamental, tan útil como necesario.

“Instruidos en él, podremos pasear con pasos firmes y arreglados este jardín ameno: podremos cursar por las Teologías, ya Positiva, ya Escolástica: podremos introducirnos por sus valles, por sus selvas y praderías, esto es, por la Dogmática, por la Polémica, por la Expositiva, por la Catequística, por la Moral, por la Ascética, y por los senos de aquellas cuestiones adyaforas, que juiciosamente se controvierten y deciden por una y otra parte. Este es el cuerpo de la estatua que estamos dibujando. Sus adornos son también muy apreciables y vistosos. El Derecho Canónico, el Civil, el Regular, el de las Gentes, la historia de los Imperios, los reglamentos de una crítica refinada, el conocimiento de la antigüedad, la Cronología de los siglos, la Geografía sagrada y profana, son como unos perfiles que perfeccionan su hermosura, como unos esmaltes que realzan su belleza, o como la corona que ciñe gallardamente las sienes de esta deidad. Si vosotros llegais a subir por esta escala, os colocareis sin duda en su mismo trono, y poseereis con abundancia las riquezas de su imperio!

V

Luego, dejando poderosamente demostrado, “que no es posible que el hombre con la escasa luz de su discurso pueda comprender los divinos misterios” y que la “Teología es una monarquía sagrada, cuya legislación suprema ata al entendimiento” vuelve al campo de la filosofía y proezas de la razón, y dice: “que mora en una república independiente, cuyo espíritu es la libertad” “Cuando entra en los márgenes de su esfera, quedándose bajo la sublime raya de la revelación, goza de su amada libertad; y en este caso es muy justo soltarle las prisiones y conservar intactos sus derechos. No hay que ligarla dentro de su mismo palacio. Aquí es ella la Soberana; goza del privilegio de independencia; anda por donde quiere con la mira de hallar el objeto a quien adora; y con tal que le encuentre, gira por todo el ámbito de la naturaleza, sin que nadie deba interceptar sus reflexivas excursiones. Ni Platón ni Aristóteles, ni todos los héroes de la Grecia literata, ni Santo Tomás, ni Escoto, ni alguno de los Próceres de la Escuela, tienen facultad para ligar los piés a la razón, ni pueden obligarla a que les preste sus ornamentos. Como ella se conserve dentro de los límites naturales, no es bastante toda la fuerza de los Padres para hacerla perder su jurisdicción e imperio”.

Al contrario, demuestra que los santos padres rindieron siempre el debido homenaje a la razón circunscrita dentro de su propio campo y fustigaron acremente a las turbas de prosélitos de aquellas escuelas que la prostituyeron encadenándola a la doctrina del maestro, sin dar otra razón de sus asertos que la de: *quia ipse dixit*, porque Pitágoras dijo.

VI

Y contra aquellos que tanto deprimieron a los americanos como incapaces de civilizarse, llegando al grado de dudar de su

racionalidad, levanta su palabra y los llama al estudio, poniendo en alto su mentalidad.

“La América ha sido siempre émulo de las glorias de esta parte del mundo; y ahora es preciso que dé muestras de que las letras útiles y reformadas tienen benévola acogida en todas sus clases. Todos confiesan la singular feracidad de vuestro terreno, no solo para las producciones de la naturaleza inculta, sino también para el mecanismo de las artes, y penetración de las ciencias. Los ingenios, que nacen de la otra parte del mar, son capaces de fructificar en todas materias. Así lo cantaba el discretísimo Vaniere, hablando del territorio de Lima:

*Fertilibus gens dives agris, aurique metallo;
Ditior ingenis hominum est, animique benigna
Indole.*

Cuyo pasaje tradujo así un ingenioso español:

*Rica en sus campos, y en sus minas rica;
Pero más que de frutos, plata y oro,
De ingenios y bondades es tesoro.*

“Los talentos ultramarinos en nada ceden a los europeos, cuando no les excedan. No les falta otra cosa que la aplicación al buen gusto, e ilustración de la literatura. Esta debe ser el blanco de vuestros trabajos, y el objeto más agradable de vuestras atenciones, por lo mismo que habitais unos países, que parecían el centro de las tinieblas”.

VII

Hecho el reconocimiento de los talentos americanos y dejando advertida a la religión seráfica de su misión de evangelizar a estos pueblos, les dice: “el evangelio que anunciáis, va disipando con admiración las sombras de la incredulidad. Con todo, aún os quedan otras menos densas que desvanecer. Todas se

espantarán con ligereza, luego que una sabiduría luminosa, destruyendo las reliquias del reino tenebroso, empuñe el cetro de la literatura americana. Ya habeis oído los medios más poderosos para introducir su venturosa dominación, formando literatos útiles, juiciosos y de substancia.

“Tales son los que proponiéndose un método progresivo en sus estudios, los ordena según los principios, medios y fines de su profesión, y según la conexión con que se enlazan las facultades entre sí mismas: tales los que siguen un tesón constante, una aplicación seguida, una versación universal en todo género de materias, y en los autores más célebres, poetas, oradores, físicos y teólogos; pues talvez en la lección de un libro profano se halla un rico tesoro de moralidad, capaz de transmutar el corazón y elevar sus movimientos, como lo experimentó San Agustín con el intitulado *Hortensio*: tales los que se aplican a cultivar facultades deliciosas, agradables y prontas a recompensar las fatigas de la labor con frutos ventajosos a la Religión y al Estado, omitiendo los métodos abstractos, e impertinentes, que tanto han afeado las ciencias naturales y divinas: tales son los que ponen coto a las correrías de una imaginación volante y lozana, tirando, o aflojando las riendas, según conviene: tales son los que moderan sus disputas, ya despreciando las inútiles, o ya fomentando las más acomodadas al examen de la naturaleza, a la inteligencia del dogma, al manejo de la disciplina, y a la regulación de las costumbres.

“No intento, (ya lo conoceis) imponer perpetuo silencio a las controversias dogmáticas. No os mando callar, diré con el Nazianceno: sino que os contengais en las porfias pertinaces. No pretendo que se oculte la verdad, sino que no enseñeis fuera de regla. Yo daré mil gracias a los que ventilen las cuestiones adyáforas, que producen algún emolumento, o por coincidir con el dogma, o por declarar los términos más precisos para su inteligencia, o por alguna instrucción particular que consigamos por medio de una disputa: les daré, vuelvo a decir, mil gracias,

como lo hacía San Gregorio con el monje Evagrio, por que le proponía la duda: cómo puede ser simple la Esencia Divina constando de tres Personas? Lo contrario sería echar abajo la Escuela, y en lugar de un curso teológico nervioso y agudo, presentar un catecismo, en que por una sencilla narración se diesen a conocer los misterios sin el auxilio de unas conexiones útiles, cuales son, las controversias escolásticas, tocadas con pulso y moderación. De este modo caeríamos en Scila, huyendo de Caribdis, como si fuera necesario correr por algún extremo, o no supiésemos atinar con el medio racional y prudente, por donde caminamos con seguridad.

“Confieso sencillamente que me desagradan aquellos enredos metafísicos, en que se liaban los ingenios más agudos, haciendo alarde de esta prisión, y perdiendo gustosos la esperanza de desembarazarse de sus lazos. Porque hablemos claro: cuándo se decidirá el punto de la distinción formal? Cuándo sabremos con certeza, si el todo es distinto de las partes?..... Después de haber pasado más de quinientos años, se ven estas disputas en sus principios. Y aun cuando se terminasen, qué provecho sacaríamos de esta resolución? Luego la recta razón dicta, que si tocamos estas materias, sea, como vulgarmente se dice, *summis digitis*; no con aquellos empeños vanos de los antiguos Escolásticos, que pretendían, y aun se lisonjeaban, desmenuzar el punto hasta el extremo, con el fútil designio de hallar una verdad definitiva entre sus menudos fragmentos.... ved aquí las fantásticas victorias, los triunfos aereos, las derrotas pueriles, que habeis de separar de vosotros”.

VIII

Considera el autor muy suficientes estas advertencias templadas y pacíficas para alejar de los estudios americanos las indiscreciones con que la falsa y viciosa escolástica traía en Eu-

ropa oscurecido el lustre de las letras y de las ciencias. En toda esta región, no descubrió al monstruo, que tan vigorosamente combatió en su Plan de estudios para la provincia de Granada, ni demuestra temer su aparición cercana en esta tierra, donde no podría encontrar ambiente para su arraigo. Faltaba un crecido número de hombres esparcidos sobre este continente, que llevaran siquiera impropriamente el barniz de doctos en quienes pudieran surgir las opiniones teológicas contrarias que los dividiera. El grueso del pueblo americano estaba oscurecido, y los lampos flotantes de ciencia, iluminaban a medias a los pocos hombres que concurrían a los centros de estudios. Faltaban las armas, y no podía haber combatientes. No había elementos para formarse escuelas; no cabía el choque de la lucha. Los maestros dirigentes de los estudios, por lo general eran venidos del viejo mundo, zona infectada; pero ni entre estos podía producirse la escolástica belicosa. Eran pocos en número, militaban en puntos divididos por inmensas distancias y trabajaban recargados por los muchos ramos de enseñanza y aulas que cada uno desempeñaban; consumiendo en ellos la fatiga, las ganas, si las tenían, de beligerancia intelectual.

Con todo; para poner más lejos de este suelo y librar de sus vicios a la ilustración que pregona, lleva reiteradamente la mirada del lector al otro Plan de estudios, que dos años antes tenía formado para la provincia de Granada, en que la ridiculiza y fustiga de frente. Fustiga a los escolásticos, encubiertos de sabios con este nombre, sin haber salido de la superficialidad en los estudios teológicos; a los que se llaman teólogos sin conocer la teología.

De esta ciencia así degenerada, dice, "su primer aspecto, puede sacarnos abundantes lágrimas. Qué teologías tan diversas las de nuestros primeros maestros y que nosotros hemos profesado!" Con Fray Luis de León, dice, "que se han abrogado el decoroso título de maestros teólogos sin poseer la teología. Los lugares teológicos son para ellos un país desconocido y don-

de jamás han abordado con sus trabajos, ni han dirigido el asunto de sus discusiones. Si acaso tocan la orilla, es por acaso; así no toman el fondo necesario para mantenerse, ni se afianzan con las áncoras de la santa escritura, de la tradición divina, y de los santos padres. De aquí es que andan fluctuantes y casi náufragos en el océano de una inconstante sabiduría. Son muy pocos los que saben las verdaderas nociones de la teología, las divisiones de parte de la materia y de parte del método. A cada paso se ven confundir la escolástica con la positiva, la dogmática con la polémica y separar estas de la escolástica. Según la análisis que ellos hacen, un teólogo escolástico, es un hombre pendenciero, faccionario y eternamente disputante. Es pendenciero, porque debe contradecir los pensamientos de todos los que no se ajustan a su dictámen. Es faccionario, porque debe hacer empeño en defender las opiniones de su escuela como artículos de fé. Es eternamente disputante, porque toda su instrucción ha de ser en cuestiones adyáforas y controvertibles”.

No sin dolor, encuentra en las obras de estos teólogos metafísicos, cómo entran Platón y Aristóteles a decidir sobre las cuestiones más fundamentales de la teología, con abandono de la Santa Escritura, que es el primer fundamento de la fé, el depósito de la verdad, y el más bello presente que ha hecho Dios a su Iglesia.

Reprendidos con severidad estos pervertidores de la más ilustre de las ciencias por los papas Gregorio IX, Juan XXII y Clemente VI los califica de teólogos verbosos, fantásticos y falsarios. A la ciencia así cultivada la llama desventurada cizaña y miserable pedantismo. Concluyendo el aparte, agrega: “ved aquí, Padres amantísimos, la necia sabiduría, que quiero exterminar de nuestras clases. Esta es la negra sombra que deseo desterrar de nuestros claustros, introduciendo en ellos la luz de una Teología sólida, pacífica, amena y luminosa, cual es la escolástica, tomadas según sus propias nociones: de este modo; puede muy bien compararse a un jardín delicioso, cuyas plantas

son regadas por las dulces corrientes de mil fuentes cristalinas'.

Acaba, en el plan de estudios de Granada, calificando a la escolástica adulterada por los falsos sabios de "la peste más contagiosa del siglo XVIII" y entra a demostrar la importancia de la escolástica, sana y discreta en su sentido genuino.

"Creamos, dice, al eminentísimo Goti, cuando dice, que el Teólogo Positivo sin la Escolástica, es un soldado cargado de armas; pero sin destreza, arte, ni pericia para manejarlas". Añade: "según la observación de Tournelli, con la mútua colisión de las opiniones, y conflicto de los ánimos, se afila el ingenio, se ilustra la verdad, se descubre el error, y queda servida la Santa Iglesia". Y para levantar en alto a esta ciencia y devolverle su honor eclipsado, continúa diciendo: "De este género fué la de Pedro Lombardo, alabada por el Concilio Lateranense IV. La de Alejandro de Alés, escrita de orden de Inocencio IV, recomendada por Alejandro IV y aprobada por Santo Tomás. La de San Buenaventura, aplaudida por el gran Pontífice Sixto V. La de Santo Tomás, proclamada por todo el orbe literario. La del sutil Escoto, admirada en su materia por los Cardenales Sarnani y Goti. La de los famosos españoles Domingo de Soto, Francisco Victoria y Melchor Cano, Dominicanos; y Alfonso de Castro, Luis Carvajal y Andrés de Vega, Franciscanos, ornamentos los más gloriosos de su nación y de su siglo, que supieron liberrar esta soberana ciencia de la opresión y abatimiento a que la tenían condenada la ignorancia de las buenas letras, el espíritu de sofistería, y el estilo inculto de los siglos bárbaros. Tal es, en fin, la que han dictado los grandes teólogos de nuestro tiempo, que numeramos abajo".

El Apasionamiento por las disputas en donde dominaba esta enfermedad, entraba y agitaba el mismo recinto pacífico de la clase, y más aún en las conclusiones defendidas por algún estudiante en los actos públicos. "Ello es, dice, que las clases parecen cierta especie de babeles, donde cada uno habla en lenguaje desconocido e imperceptible. De suerte que, azorados de

raciocinios coléricos, agitando los cuerpos con violentas convulsiones, levantando el grito hasta los cielos, ni el que arguye escucha al que defiende, ni el sustentante entiende al que replica..... Disputas, a la verdad, poco más útiles, que aquella de que se burlaba un sabio crítico en el siglo pasado, cuando pintaba el gran conato con que disputaba en un teatro serio, sobre si la palabra *Sumptum* se había de escribir con *p* después de la *m*; a quienes se pudiera aplicar la sátira de Fedro: *Magna minitatus, extricavit nihil*. Es violentísimo, decía un escritor despejado, este modo de disputar, mucho más que en otras ciencias, en la excelsa y serena magestad de la teología”.

De esta manera contundente, habla a los franciscanos de Granada, inspirándoles desprecio por la escolástica viciosa. A los de América les habla, de esto que él llama la peste europea del siglo XVIII solo en la forma de quien señala escollos que puedan surgir aunque aún no se descubran. Esta calamidad literaria, hubiese llegado seguramente a nosotros más tarde, a despecho de todas las prevenciones dadas por este libro, por faltar un cordón sanitario que la detuviera al otro lado del océano. A este lado no había tierra propicia en que pudiese arraigar. Habría contado con buen ambiente para nacer, vivir y difundirse, si ya en siglo XVIII los centros de estudios universitarios y de las instituciones monásticas hubiesen estado propagados en proporción con la amplitud del continente y de su población, y si la intelectualidad docta hubiese estado próspera y convenientemente multiplicada en esa época y no en ciernes como se encontraba. No faltaban sin embargo entre nosotros los acaloramientos de la disputa, especialmente en los actos públicos de la Universidad y Conventos, en que se presentaban a veces con los propios colores de aquel cuadro descrito por Fedro, pasando luego felizmente las impresiones de los contendientes sin dejar ningún sedimento de prevenciones y enconos duraderos en sus ánimos, ni mucho menos el espíritu de luchas ulteriores que

los convirtiera en aventureros y los lanzase al campo buscando nuevas disputas.

El apasionamiento por los estudios e ilustración de los americanos desplegado por el autor del libro, corrió seguramente por todo el continente despertando y modelando vocaciones al estudio en la juventud. Autorizada como estaba esta obra por el soberano, no tenía las trabas de la fiscalización severa de los puertos para llegar a nosotros, y contaba con todo género de franquicias para entrar y propagarse por el continente. Por el puerto de Buenos Aires penetrarían numerosos ejemplares y se distribuirían por todo el virreinato; por el de Chile, de la misma manera, e irían a todos los Conventos de esa región; entrarían al propio tiempo por los puertos del Brasil, del Callao, Quito, las Guayanas y Méjico, e irían a derramar sus luces y sembrar sus estímulos a los estudios en los Conventos, entablándose en cada uno de ellos sus normas prácticas para adquirir el tesoro de los conocimientos. Un libro como este, de suyo interesante, pasaría a todos los amigos de cada uno de los Conventos, quienes lo leerían con interés y beberían sus conocimientos, no solo por ser entonces tan escasos los libros que circulaban, cuanto por el interés que despertaba la brillante amenidad y erudición con que habla de las ciencias.

Medir la intensidad del impulso que él diera a los estudios, no es fácil, pero bien puede calcularse aquel por el resultado en los estudios que patrocinaba. En esa fecha los Conventos principales y colegios en América con que contaba la Orden, alcanzaban a 230, y casi la totalidad de este número tenían funcionando sus estudios, o los abrieron entonces, obedeciendo a la palabra del superior. Estaban esparcidos estos desde Buenos Aires hasta Méjico, por todo el continente, y daban la instrucción, al propio tiempo que a sus jóvenes religiosos, a los jóvenes del pueblo que querían concurrir a recibir los conocimientos de Latinidad, Filosofía y Teología. Generalmente el número de seglares que concurrían era mayor que el de los religiosos, osci-

lando el número de los primeros entre 20 y 40. Esto revela la importancia de la obra educacional que realizaron los Conventos y representa el contingente luminoso que prestaron a la ilustración americana. Ellos labraron una de las grandes piedras que forman la base de este monumento, trabajando en esta obra por más de dos centurias, hasta que en época reciente llegó y les volvió la espalda, la educación oficialista con sus programas enciclopédico y de imposible asimilación, cuyos resultados inciertos son calificados como funestos para el país por varios distinguidos pedagogos. Durante la época larga mencionada, no actuaban en el campo educacional los obreros del oficialismo gubernativo; los Conventos y las pocas universidades del continente, fueron los luchadores contra las oscuras sombras que lo envolvía. Cada uno con su enseñanza secundaria y superior, representaba el puesto de una pequeña Universidad, donde concurrían los jóvenes a recibir la instrucción y suficientemente habilitados salían a incorporarse con ventaja en todas las faenas de la vida civil.

Con la fecha de la circulación de este libro, coinciden la fundación de esta Universidad de la Cátedra de Cánones, las dos de instituta civil y la adquisición, después de cruenta lucha, de un gabinete de instrumentos de física para alzar esta ciencia de la impotente teoría y subirla a su propio puesto de utilidad práctica.

Con este gabinete, dió un salto de vital importancia hacia la vida industrial, que desde esa hora podía vaticinarse sorprendentemente grande como los tesoros naturales del país, y como eran amplias las aspiraciones y tendencias que el libro promovía. ¿Surgió la idea de esta adquisición, de otra fuente y no del libro? Un buen crítico, señalaría en este y no en otra fuente su origen, habiendo brotado la adquisición de las máquinas en un rector franciscano, que no dejaría de beber la ilustración y el calor científico que en él se le ofrecía. En éste como en los que vestían la misma librea seráfica y dirigían estudios, penetraría

el llamamiento que les hacía el superior al estudio de la Física en la forma que él se la proponía. “Yo no hablo (ya lo conocéis) de aquella ciencia intrusa, que con nombre de Física ha corrido muchos años en las Escuelas del Peripato. Esta ha sido una moneda falsa, que ha circulado hasta aquí entre los llamados facultativos, comprando con ella el falso título de filósofos. Trato, pues, de una filosofía juiciosa, sólida y arreglada, como la de Muskembroec, Brixia, Tosca, Corsini, Ferrari y Altieri”.

El rector Sullivan, formó el convencimiento de que la filosofía juiciosa y arreglada, en la parte de la física, era la de estos autores, la experimental, la comprobada por los instrumentos, y se decidió a luchar contra el ayuntamiento hasta vencerlo y adquirir el gabinete.

IX

No de otra suerte debe pensarse en cuanto a la fundación de la Instituta. La “Exhortación Americana” pudo ser propulsora de la idea si no fué su origen. Si bien no se cultiva esta facultad en los Conventos, el autor del Libro la coloca como un brillante ornato en la estatua de las ciencias que planea y coloca a su lado, dándole no menor importancia al derecho canónico, hoy abandonado lastimosamente por los legistas. Recién había circulado este Libro. Sus enseñanzas sobre la fundación de los gobiernos se mantenía viva en los universitarios dirigentes. Leerían y meditarían de nuevo estos pasajes: “Cualquiera Monarquía será la emulación de sus vecinos, si en ella subiesen los hombres al trono por la escala de la sabiduría. es el alma de los Imperios, la vida de las sociedades más ilustres, el ornamento más glorioso de los estados. la subordinación de las repúblicas es una cadena, cuyos eslabones en tanto quedan

enlazados, en cuanto sus extremos estén en manos de esta deidad atinada”.

Como eco venturoso de una futura rendición, caerían estos conceptos en aquellos universitarios, ya numerosos, que tenían descubierto el plan peninsular de afianzar su dominio sobre la ignorancia de estos países y con la frente sombría glosarían lo que de esta situación dice el libro: “Imaginemos poco después que riena la ignorancia en alguna desgraciada república. Qué confusión! Parecerá un ciego infeliz que repentinamente ha perdido la vista: todo es tiniebla, todo sombras: se desatina, palpa, teme: ya se arroja a un precipicio que no advertía, y apenas se levanta, cae en un hoyo profundo, que igualmente ignoraba: ya recibe un golpe doloroso del poste que no veía; ya tropieza en un escollo, que le hiere como a traición: ni fija el pié con firmeza, ni se atreve a dar un paso sin recelar su ruina”.

Con la ignorancia del derecho se presagiaba el predominio indefinido de parte de la monarquía; que las tentativas de independencia serían siempre golpes en falso como las que ya habían precedido, mientras que no se le hubiese quebrado el imperio a la ignorancia y libertado de su despotismo a las colonias. Puestas estas premisas sobraría quienes sacasen la consecuencia en favor de la facultad del derecho. Brotaba esta espontáneamente. La reclamaba imperiosamente la esperanza que abrigan de llegar a ser un pueblo libre en el porvenir. Iba naturalmente incluida en el concepto mismo de nacionalidad, estado y soberanía, que nunca sin las luces de la jurisprudencia podrían alcanzar su realidad. Sin la ciencia del derecho, faltarían los estadistas que tejieran su organismo y asentasen sobre bases normales sus instituciones. Hubo buena tierra y calor suficiente, y la planta nació, y en tiempo no lejano produjo la cosecha de frutos sorprendentes.

En 1813, se dotó a la Universidad de un nuevo plan de estudios, confeccionado por un sacerdote que llevaba el renombre de docto. Su resultado no llenó las aspiraciones del momento

apesar de los buenos auspicios con que lo había rodeado su autor. Se dió por caducado el que anteriormente había regido, por no estar a la altura de las nuevas y venturosas perspectivas que se habían concebido para los estudios universitarios. En aquel año comenzaron éstos a caminar sobre las nuevas normas que se les había dado, marchando con ellas durante el período de diez años, hasta que se comprendió que no respondía a los nuevos ideales, ni alcanzaba siquiera con las ventajas prometidas a las del plan anterior, ni consultaba tampoco el buen crédito que los estudios traían conquistados.

Buscando la reparación de estos inconvenientes, se decretó su reforma por el gobernador de la provincia en esa época, cayendo el honor del nombramiento para hacerla y visitar la Universidad, en otro sacerdote, ilustrado como el primero, pero no con la alta resonancia que éste tenía.

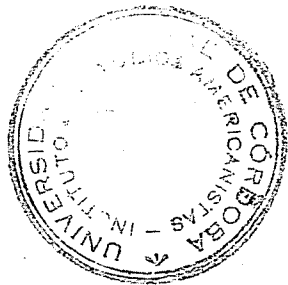
La posición del reformador era manifiestamente incómoda y comprometedora, al no reconocérsele la preparación científica, talvez ni la pericia para hacerlo en el grado que eran reconocidas en el autor del plan a reformarse. Con todo, tributando repetidos elogios a la intelectualidad de aquél, a su ilustración y brillante actuación en las letras, pone mano firme a su tarea y comienza con segura conciencia de lo que hace, la disección del plan y a cortar cuanto en él encontraba inadecuado o contrario a sus propósitos. La reforma, no se dirigía a crear reglas nuevas que abriesen paso y asegurasen el éxito de aspiraciones mayores de perfectibilidad en los estudios que hubiesen surgido. Se trataba de detener con otras reglas los malos resultados que aquel plan venía dando a la Universidad. El Reformador no lo oculta al mencionar en el mismo plan reformado su doble nombramiento relacionados con la Universidad, agregando que el Sr. Gobernador "contrajo sus atenciones a estos objetos, que deben influir en recuperarla su antiguo crédito" que vendría en decadencia para que esto fuese verdad.

Tanto el autor del plan como el de su reforma, gozaban

la reputación bien merecida de ilustrados, como dejo dicho, y conocerían indudablemente la "Exhortación Americana" entre la bibliografía de ese tiempo. No la mencionan sin embargo en sus trabajos respectivos ni dejan traslucir que hayan dejado sus ideas alguna influencia en su espíritu. Si la leyeron, tomaron solamente de ella la parte mínima de sus instrucciones y la reglamentaria y fundamental que se refería a la dirección de los estudios y pruebas de competencias que habían servido durante el largo período que sirvió el plan caducado. En ninguna forma se sirven de las brillantes consideraciones que el libro hace sobre cada un ramo de los estudios científicos, prescindiendo de todo aquello con que se proponía despertar vocaciones al estudio y dar calor a los jóvenes en la carrera de las letras. De esto no aparece nada ni en el plan ni en la reforma.

Quedó en blanco este apostolado, apesar de ser mayormente reclamado todavía en esa hora entre la juventud americana, indiferente, indolente y refractaria a las carreras escolares, como la nuestra, hasta mirar en ellas el origen del desconcierto y rivalidades entre los habitantes y familias de las poblaciones, debido a la preocupación dominante de que el título de Abogado era sinónimo de semillero de litigios y pleitos. En esa época corría generalizada todavía entre nosotros, entre los padres de familia, la persuasión de que sus hijos e hijas no necesitaban saber escribir, los primeros, para que no les falsificaran en documentos la firma o rúbrica que únicamente alcanzaron a saber, y las segundas, para que no escribieran clandestinamente a sus pretendientes.

A más de una conveniencia, aparecía esto como el reclamo de la necesidad de arrancar tales condiciones de apatía en los jóvenes y despertar en ellos el interés por la ilustración, comunicándoles con palabra animada, calor para afrontar las penalidades propias de estas carreras, llenas de tedio y de molestias insuperables para un niño que no descubre las ventajas lejanas de su labor y le falta la mano de los padres que lo tiren o em-



pujen en ese camino. Omitiéndose esta palabra estimulante y persuasiva en los planes que rigieron hasta nacionalizarse la Universidad en 1854, comenzó a eclipsarse la importancia del estudio del latín, del latín clásico, orgullo de los romanos, y lenguaje oficial por muchos siglos de la cultura literaria y de las ciencias, de las lenguas orientales igualmente clásicas, y de la misma española, cuyo clasicismo aún está sin aclimatarse debidamente en nuestro país.

La retórica y oratoria sagrada, con sus preceptos tan indispensables para la composición decorosa de todo género de discursos, no tienen asimismo en esos planes una palabra de encomio, ni persuasiva de sus ventajas para la expedición de los conocimientos adquiridos en la tribuna parlamentaria, en el foro, o en el púlpito, si se trata del sacerdote. Ni la tienen la filosofía y teología, presentando a la primera en su forma más amplia y señalándole su región inconmensurable en que ha de explayarse la razón, su única soberana, con sus energías incalculables, ni la segunda con el foco de sus luces, que le trae desde otro horizonte superior para hacerla subir y revelarle las grandes verdades anheladas por el espíritu humano, y que constituye su fondo, que ella es impotente para conquistarlas.

Uno y otro plan mencionan la Escolástica, el primero, para calificarla de viciosa gangrena científica en la Universidad, y el segundo, presentándola vergonzante y en un puesto auxiliar tan secundario que casi equivale a desalojarla y cerrarle las puertas de su propia casa. Fué este el primer compás del preámbulo del proceso que arrojó más tarde a la facultad teológica, con todas sus denominaciones, arrancando el alma y la facultad típica de la Universidad, al expulsar su dueña de casa y soberana. Hablan de la escolástica confundiéndola con los abusos que de ella se habían hecho en el siglo XVIII y anteriores, abusos tan cáusticamente reprobados por el autor del Libro "Exhortación Americana". Nada dicen de la escolástica clásica que tan bri-

llantemente presenta este libro, de su potencialidad científica en la teología, ni del cultivo que de ella hicieron honrándola los hombres más eminentes en el mundo del saber.

FR. ZENON BUSTOS
